

P. MANUEL FERRER MUÑOZ, SJ.
(Padul, Granada, 04.12.1920 – Málaga 30.05.2009)

“Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros cantando”, dice el poeta que ocurre tras su muerte. Y él se ha ido. Y continúan los ventisqueros de Sierra Nevada destilando a los arroyos de plata tras su partida definitiva. Quizá, si bebemos de aquellas aguas, las encontremos más saladas: dicen que las sierras vierten lágrimas y lloran a los amigos. Y hay una amistad de más de cincuenta años del P. Ferrer y su Sierra.

Para muchos nos resultan inseparables P. Ferrer y Sierra Nevada. Durante la mayor parte de su vida la hizo objeto de su interés: recorrido, observación,

fotografía,

conocimiento, estudio, contemplación...

y también, y lo unifica todo,

instrumento

apostólico. Creó el

Club Montañero El-

Sadday (uno de los

nombres de las

tradiciones bíblicas para designar a Dios, El-

Dios-de-las-Montañas). Gracias al P. Ferrer

cientos de jóvenes de varias generaciones pudimos: contemplar y guardar como patrimonio para el resto de la vida, puestas de sol desde la Forestal y amaneceres desde el Pico del Veleta; disfrutar de paseos por los prados de Siete Lagunas, empapados de nieves recién derretidas; tener la alegría de recitar el Padre nuestro y cantar la Salve en el punto más alto de la Península, la cima del Mulhacén; o vivir la experiencia única de una tormenta entre barrancos profundos.

La Sierra convertida en instrumento apostólico riquísimo. Los campamentos y las excursiones se convertían en una formidable realidad educativa de la persona y del cristiano. El P. Ferrer, por ósmosis primero y luego explícitamente, nos hacía “mirar cómo Dios habita en las criaturas, en los elementos dando ser...”, enseñándonos a orar, celebrando la misa bajo aquellas inmensas cúpulas de castaños o, la aún mayor, del cielo abierto. Por ósmosis enseñaba la ayuda y el servicio a los demás, el esfuerzo y la capacidad de superación, la responsabilidad...

En la Baja Sierra Nevada, a orillas del río Monachil, en El Charcón, consiguió la cesión de una casa de la Compañía Sevillana de Electricidad. Se convirtió en la casa de ejercicios Nuestra Señora de la Strada, del Camino. Eran dos casas con tejado de planchas de pizarra, separadas por un camino. Empleo bien el superlativo cuando digo que muchísimos jóvenes de diversos colegios de Granada (S. Isidoro, Hermanos Maristas, San Carlos, Instituto P. Suárez, P. Manjón...) pudimos hacer ejercicios espirituales con el P. Ferrer, en aquella casa de piedra vista, arrullada siempre con el canto de las aguas del río y de los pájaros, y envuelta por cerezos, y centenarios castaños y nogales.

Es un periodo de la vida de Manuel Ferrer (1956-1974) intenso y fecundo. Destinado en 1956 por la Compañía a la Residencia del Sagrado Corazón de Granada como director de la Congregación Mariana de San Estanislao, hará compatible la dirección con



capellanías de colegios, creación de la revista “Diálogo”, preparación y publicación en 1971 del libro *Sierra Nevada*.

Con *Diálogo* dio respuesta a su preocupación por unificar, en servicio de la educación integral de niños y jóvenes, los criterios de padres, colegio y, también, congregación. La necesidad de la revista era evidente, comprobando su nivel de suscripción actual, tras casi cincuenta años de existencia.

Sierra Nevada (1971) es el primero y el más conocido de sus libros. Descubre a un Manuel Ferrer autodidacta, de enorme capacidad de relación y amistad, trabajador infatigable, artista fotográfico, geógrafo de campo...Prepara el libro desde su propio aprendizaje y recursos; se relaciona y hace amistades duraderas con catedráticos e investigadores de la Universidad de Granada (geólogos, geógrafos, botánicos, historiadores...) logrando que el libro *Sierra Nevada* fuera modelo de multidisciplinaridad; consigue para el libro un conjunto de sesenta y dos fotografías aéreas que abarcan toda Sierra Nevada, a las que pueden superponerse unas hojas transparentes de acetato, en las que señala y pone meticulosamente el nombre a riachuelos, montes, barrancos, fuentes, cañadas, valles, veredas..., nombres que logró en contacto con pastores, lugareños y vecinos de los pueblos.

En 1974 se abrió con el destino a Almería, un nuevo periodo en la vida del P. Ferrer. Esta etapa y la siguiente estará marcada por su colaboración pastoral con dos diócesis, primero de Almería (1974-1983) y luego, de Granada (1983-2009). En la primera diócesis, en la que se encuentra como obispo D. Manuel Casares, compañero de claustro de Manuel Ferrer en el instituto P. Suárez y excelente amigo, creará la parroquia de San Ignacio en el barrio periférico de Piedras Redondas donde, también será párroco de las otras dos parroquias, Nuestra Señora de Araceli y Buen Pastor, en el barrio de los Almendros.

De nuevo destinado a Granada (1983-2009), primero al Colegio Mayor Loyola y después y de manera definitiva, a la Residencia del Sagrado Corazón, como misión dada por la Compañía, colabora con los sucesivos arzobispos en diferentes funciones (párroco, colaborador o arcipreste como fue del Valle de Lecrín) en parroquias de pueblos de la diócesis: Peñuelas, Fuensanta, Castillo de Tajarja, El Chaparral, Padúl, Peligros. En esta etapa, una vez más, moviliza a profesores e investigadores de la Universidad de Granada y publica una obra monumental en cinco tomos *Sierra Nevada y la Alpujarra* (1985 y 1986). Antes, en solitario, había publicado *Granada más allá de las nieves* (1984). Otros dos títulos *Minerales de Granada. Sierra Nevada* (1991) y *Nuevos paseos por Granada y sus contornos* (1993) ven la luz. A partir del 1995 van apareciendo libros de Apeo de diferentes municipios de la Provincia granadina: Calicasas, Padúl, Güejar Sierra, Nigüelas, Lanjarón y Albuñuelas. Aparece de nuevo el autodidacta que transcribe, realiza estudios preliminares y publica.

Las claves, la clave, de la persona la descubrimos con mayor claridad cuando se nos ha ido.... La de Manolo Ferrer: amor a Cristo, centro de su vida, honda devoción mariana, trabajo, dedicación apostólica, servicio a la Iglesia, amor a los pobres...

Aunque se lo dije y, más de una vez, tendría que habérselo dicho más claro, más veces: Manolo: ¡Cuánto me has dado, cuánto has dejado en mi vida! Gracias.

Hoy no sólo lloran las sierras, ni esos “montes y riberas”, ni los “bosques y espesuras, plantadas por la mano del Amado”, ni el “prado de verduras de flores esmaltado”. Otros lloramos también. Hay lágrimas “en las criaturas, en los elementos”, hay lágrimas “en los hombres”. Sólo hay diferencia en ellas por el sitio a dónde van: Aquellas van a dar a la mar y desaparecen; éstas van a dar al Amor infinito del Padre.

Luis Aparicio Covaleda, S. I.

Córdoba, 05.06.2009